

Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

VITUS DROSCHER: *The Mysterious Senses of Animals*.
Edit. Dutton & Company.

Los libros sobre animales son lectura fascinadora, no solamente para los muchos amantes que tienen nuestros hermanos de escalas inferiores en el género llamado racional sino por la atracción misma que tiene ese mundo extraño de la vida instintiva, con sus formas peculiares de inteligencia y comunicación, sin duda pertenecientes a nuestra especie, en otra dosis o en otra etapa evolutiva pero no absolutamente distintas por naturaleza.

Los animales tienen "sentidos misteriosos" dice Vitus Droscher en un libro (*Klug Wie die Schlangen*) que el hombre no conoce a veces, no comprende casi nunca y apenas ahora comienza a intuir, porque esos sentidos constituyen vínculos con el universo externo que el hombre mismo necesita pero tiene que adquirir, por decirlo así, de otra manera, por ejemplo la técnica, sobre todo la electrónica. Se sabe desde hace tiempos que hay "peces eléctricos" porque el hombre ha recibido su carga, muy a su pesar; ahora no duda nadie de que los delfines tienen alguna forma de lenguaje ni se les niega una inteligencia superior a la media entre los animales superiores, incluyendo probablemente algunos seres humanos, que indudablemente son mucho más brutos que los delfines, los perros, los elefantes y quizá aun que las hormigas, porque son menos sociables. Además, la abeja baila, no para divertirse sino para "hablar": tiene una forma de danza direccional que les indica a sus compañeras el sitio donde pueden conseguir su miel.

Algunos micos (como el babuino o mandril) se parecen al hombre físicamente pero también mentalmente. En la Universidad de California, Berkeley se ha estudiado el sistema de vida comunal de estos graciosos antropoides, que tienen sus fórmulas de cortesía, su formulario amoroso y un alto sentido del gobierno. Uno de ellos aprendió en un dos por tres el arte de manejar un rebaño, no de micos sino de carneros, arte que muchos seres humanos se pasan toda la vida sin poder aprender.

Los "bestiarios" tradicionales —tradición que viene desde los tiempos clásicos hasta Montherlant, para hablar solo de los de tipo puramente literario— se limitan a tratar al animal de manera paternalista, por decirlo de esa manera, sentimental y protectora. La ciencia moderna, sin el

menor sentido de sociedad protectora de animales, está descubriendo las sorpresas y milagros de esas órbitas de la vida en nuestro planeta, simplemente porque está tratando de descubrir las diversas formas posibles de comunicación, las adaptaciones a la vida adquiridas por las especies animales a lo largo de la evolución y que no tienen nada que ver con las características humanas. El radar, por ejemplo, existía ya en la naturaleza hace miles de miles de años, con los murciélagos, que emplean ondas de choque para guiarse en la oscuridad. Ni siquiera el "duelo", con sus complicadas reglas caballerescas, es original del ser humano altamente evolucionado: el orix se bate en duelo con su adversario de manera todavía más caballerosa que muchos caballeros humanos, o inhumanos, para el caso. Las serpientes tienen también su código de lucha, como los boxeadores, con la diferencia a favor de ellas de que son más decentes y no hacen trampa. Y además no cobran entrada al Madison Square Garden.

El libro de Droscher, traducido al inglés (*The Mysterious Senses of Animals*, Dutton and Company) es uno solo entre varias docenas de bestiarios que se están publicando ahora en el mundo, de diversa índole y calidad, pero todos en una curiosa línea moderna de acercamiento a las especies zoológicas de las que no se preocupaba el hombre desde que las metió por parejas en el arca de Noé. Algunos de estos libros han llegado a una objetividad tan científica que incluyen al hombre mismo como especie zoológica (como lo es realmente) y lo definen como a cualquiera otra, con fotos de sus actuaciones características: un jugador de béisbol de los Globetrotters, un ciudadano común y corriente, con anteojos y alta frente, que es intelectual, un negrito pigmeo del centro del Africa, todos ellos miembros de los homínidas (*Mammals of the World*, por Ernest Walker, Johns Hopkins Press). Nos enteramos, con horror, de que los murciélagos tienen cerca de doscientas clases distintas, sin contar los vampiros del cine, que en realidad pertenecen al género humano de Hollywood.

TRES LIBROS DE ARQUEOLOGIA

C. W. CERAM: *Gods, Graves & Scholars*. — EDWARD BACON: *Digging for History*. — JOSEPH ALSOP: *From the Silent Earth*.

Una noticia de actualidad es lo que sucedió en los albores de la civilización griega hace tres mil años. Uno de los relatos más apasionantes de nuestro tiempo es el descubrimiento y descripción de la tumba de Tutankamón. Una de las lecturas más deleitosas para el hombre común moderno, de una cultura mediana, es la historia de la arqueología, tan misteriosa y estimulante como las hipótesis de vida inteligente en otros planetas.

De ahí que el gran periodismo en nuestros días se encauce frecuentemente hacia temas que no se considerarían "periodísticos" hace muy pocos años. De ahí también que los mejores periódicos del mundo tengan secciones ordinarias de información científica, que naturalmente son cada vez más importantes que la vida social, los augurios de las estrellas y las hazañas de los atletas. Un periodista alemán, C. W. Ceram, hizo popular la

historia de los dioses, las tumbas y los sabios (*Gods, Graves & Scholars*, Knopf, New York) hace unos doce años, con un libro ya célebre, aunque no tiene ninguna pretensión erudita. Edward Bacon hizo un excelente resumen de los descubrimientos arqueológicos de 1945 a 1959 (*Digging for History*, John Day Co., N. Y.) con mucha mayor competencia profesional, pero con la misma orientación de popularizar (distinto de vulgarizar) la ciencia moderna.

Un periodista actual, muy conocido, Joseph Alsop, acaba de salir inesperadamente por esa puerta del periodismo científico, y no de cualquier manera ciertamente. El señor Alsop, especialista en los mentideros de Washington, agudo observador (demasiado conservador a veces) de la política mundial, un buen día aceptó una comisión del *New Yorker* y escribió una serie de artículos sobre temas que jamás en su vida había considerado en su columna: la historia antigua y la arqueología de la civilización minoica y griega. Y lo más sorprendente de todo es que le ha salido excelente, (*From the Silent Earth*, Edit. Secker & Warburg), mezclando la agilidad del estilo periodístico con la exactitud de la investigación profesional, despojando a la ciencia de su innecesaria vestidura académica sin privarla, naturalmente, de su rigor.

Es este el campo más difícil de la "información" en nuestro mundo, que ha inventado un órgano internacional, la UNESCO por ejemplo, para establecer el mundo perdido de la cultura internacional, tan vivaz y vigoroso en el renacimiento europeo y que naufragó prácticamente con la industrialización y el nacionalismo. Hubo un momento en que ni siquiera había lengua de cultura, perdido el latín de otros tiempos y sin la aceptación universal de ninguna lengua común. El regreso a ese tipo de cultura universal es tan saludable como impresionante. En la zona de la arqueología, Schliemann, un aficionado no especialista, fue uno de los grandes precursores, que ya forma parte de esa historia fascinante del mundo que fue. Alsop va mucho más allá que Schliemann y aun que Ceram: analiza los probables o posibles factores políticos de la prehistoria, prescindiendo de la tendencia tan común como humana (patente en los mismos historiadores profesionales) de atribuir al hombre del neolítico o de la Edad de Bronce las actitudes y reacciones del hombre moderno. La conquista, por ejemplo, de un país culturalmente avanzado por uno "bárbaro" no produce necesariamente un rompimiento de la vieja cultura: a veces produce en realidad una simbiosis fecunda.

El aspecto arqueológico de la historia tiene un atractivo particular, porque nos pone ante los ojos y en las manos objetos concretos, materiales, reales, que fueron hechos, pulidos, usados, por hombres de tiempos remotísimos. Es indescriptible la emoción intelectual de poder palpar, digamos, un hacha de sílex que con seguridad fue labrada por manos humanas cuando aún no había comenzado la historia, tal como la conocemos oficialmente. Ese regreso al pasado (¿cómo hablaba el hombre antes de que se formaran los actuales idiomas indoeuropeos y semíticos?) está lleno de reinos maravillosos cuyas fronteras apenas ahora empezamos a descubrir. Y es posible por el trabajo conjunto, en equipo, del severo hombre de ciencia y de quien es capaz de asimilar su obra y transmitirla a un público ansioso, con una cultura no especializada pero por eso mismo capaz de gustar la ciencia en lo que tiene de espíritu.